
CUANDO QUEREMOS, LA VIDA NOS DA MUCHAS OPORTUNIDADES...



Centro educativo en Medellín (Colombia)

En el año 1995 inicié un trabajo en la ciudad de Medellín (Colombia). Era una época en la que el dolor, la impotencia y la rabia contra el “fantasma” que había matado a mi hermano menor se había quedado anclado en mi ser. Ya era un poco paranoica, pero me hice más; por todos lados creía ver a “esos” que mataban por dinero. También fue un tiempo muy duro para la gente de mi ciudad. Los cárteles de la mafia de Cali y Medellín se habían declarado la guerra a finales de los 80, y al principio de los 90 seguían como un coletazo; ya no era la guerra entre cárteles, sino entre aquellos grupos que habían sido sus aliados y que sacaban adelante el negocio de las drogas. Me refiero a bandas de sicarios y delincuentes. Grupos que se veían atacados y minados por las fuerzas del poder, ejército y policía, pero también acorralados entre ellos mismos o con las fuerzas colaterales de las milicias urbanas y la guerrilla urbana. El caso es que todo era un caos, se vivía en medio de la zozobr. En cualquier momento, cualquier persona se convertía en víctima y quien daba órdenes lo hacía con un arma en la mano.

Esta fue una nueva realidad que dejó a gran parte de la población joven sin “ingresos fáciles”, para el derroche, el lujo y la apariencia. De un día para otro la gente se quedó sin un “centavo” en el bolsillo. Y como caído del cielo aprendieron, de los que ostentaban el poder colateral del Estado colombiano, a extorsionar a quienes ellos juzgaban que eran “ricos” o con “buenas posibilidades”. Ya ven, un criterio lo bastante amplio como para que nadie pueda salvarse de él. Los más afectados fueron, además de los grandes empresarios que ya tenían que dar esa cuota a los poderes colaterales, los medianos y pequeños empresarios y los comerciantes de todo tipo. En esta última categoría entraron todos los que tenían algo que ver con la restauración y los bares (hablando en lenguaje español). Por este motivo cayó mi hermano, con solo 22 años, lleno de vida, de ilusiones y con muchas ganas de trabajar. Tenía una taberna, y los fines de semana ofrecían comidas. Se movía mucho, pues estaba ubicada en un sector muy comercial del barrio donde vivimos casi toda la vida, una zona donde había una cancha de fútbol, donde se realizaban muchos torneos y nunca faltaba clientela.

...PARA APRENDER A ENTENDER, COMPRENDER Y PERDONAR.

Pues bien, mi hermano fue uno de esos afortunados a los que se les impuso el pago de la “vacuna”, un impuesto obligado, ya saben ustedes por quienes. Durante un tiempo la pagó, pero más tarde, decidió no volver a hacerlo; no le parecía justo que con su trabajo y el de sus empleados tuviera que sostener “manos caídas”, que seguían haciendo de las suyas. Le advirtieron de las consecuencias que esto le podría acarrear, pero no hizo caso, y una noche de sábado a domingo, después de cerrar la taberna, en una esquina del barrio, estando con unos amigos celebrando el cumpleaños de una chica en su casa, sale de allí con uno de sus trabajadores y le matan. No les cuento los detalles porque si lo hago lo que me sale es el dolor removido e inundado de lágrimas. Fue un tiempo de mucho dolor para la familia; hacía muy poco, mi padre también había muerto, éste por causas naturales, pero ahí estaba el vacío que había dejado y que ahora se había hecho muy grande.

Como dije anteriormente, me volví más paranoica. El solo hecho de mirar un rostro, me hacía desconfiar de la persona; no lo sé... era la mirada, el movimiento del cuerpo, las expresiones, la ropa, el corte de pelo..., muchas cosas me hacían desconfiar y sentir mucho miedo. Pasaron algunos años y en 1995, a una amiga, con la que ya había trabajado en otros proyectos como socióloga, le dan la dirección de una Fundación, en una de las zonas más deprimidas de Medellín, en el noroccidente. Me pidió que fuera su asistente social y lo acepté. Y allí que me fui a trabajar con ella. Sabía por las noticias, más que por el contraste, el análisis y la aproximación sociológica, que era una zona de alto conflicto armado. Quince días después me quería ir, no aguantaba; mis nervios querían reventar. En ese corto espacio de tiempo ya me habían tocado dos “balaceras”, no contra el centro de la fundación, sino entre bandas de esa



Vista de uno de los barrios de Medellín desde la parte baja

zona. Allí había de todo: antiguos y nuevos sicarios, delincuentes de todo tipo, drogadictos, prostitutas reales y otras por obligación, embarazos precoces por todos lados, absentismo escolar altísimo, familias fragmentadas y recompuestas permanentemente, la figura de la madre como “una diosa” para los hijos varones, siendo ellos los que ostentan el máximo poder, niños y niñas vulnerables y susceptibles a todas estas situaciones que veían en los chicos más grandes a sus héroes y el modelo a imitar... Los “otros jóvenes”, los “no violentos” se sentían fuera, excluidos de su propio medio, parecían no pertenecer a ninguna parte y por tanto eran vistos como “bichos raros”... bueno, no continúo porque me alejaría demasiado de lo que quiero seguir contando.

Esos quince días bastaron para saturarme y querer tirar la toalla, pero mi amiga me insistió y me pidió que aguantara un poquito más. Le dije -“una balacera más y me voy”. Y fue en esa tregua cuando la situación en la zona dio un giro de 180° grados. Un líder mayor de la zona, vino al centro y nos comentó

que uno de los jefes de bandas le había visitado en su casa para pedirle que se hiciera partícipe de la nueva situación. Le habló también de su interés en cambiar la situación de guerra de la zona, y que le dijéramos lo que tendría que hacer para alcanzar la paz. Nos contó que este chico (27 años, ya bastante mayor para la esperanza de vida juvenil en ese lugar) y otros jefes de banda, estaban cansados de tanta guerra entre ellos, pero que era necesario, antes de cualquier acuerdo, negociar previamente con los poderes reales y colaterales de la zona (policía, ejército, milicias y guerrilla urbana), para poder hacerlo, porque si no se acordaba con ellos, todos los de las bandas estaban condenados a morir.

Nos movilizamos en muchas direcciones: con el municipio, con todas las organizaciones de base de la zona, con las parroquias, los colegios, las escuelas, las ONG..., a pensar posibilidades. Se empezó haciendo lo que nos pedían hacer previamente: acordar con todos los poderes, que también estaban muy afectados por la guerra, que nos dieran su palabra de respetar los acuerdos siempre y cuando las bandas no los rompieran. Se convocó una primera reunión con los jefes de las bandas, y así comenzamos a trabajar con todos esos chicos (solo había 2 chicas de un total de 50). Y yo, que de todos desconfiaba, empecé a adentrarme en su mundo, al principio con mucho sigilo y miedo en el cuerpo, pero poco a poco con más naturalidad. Hablaba bastante con ellos, a veces reíamos mucho, los acompañaba a alguna parte, nos tomábamos un refresco en cualquiera de las tienditas del barrio... Fue una época, para mí, de conciliaciones, reconciliaciones y perdón. Muy difícil al principio, pues en cada uno veía al asesino de mi hermano. Pero con esta experiencia aprendí que todos tenemos algo de malo y mucho de bueno. No quiero decir con esto, que lo que hacían lo juzgaba como bueno, sino que aprendí a entender y comprender sus circunstancias. Tampoco quiero decir que los justificara, solo que llegué a entenderlos. Al principio cuando los miraba a la cara, yo me ponía muy seria para camuflar el miedo tan grande que sentía y que me hacía toda adrenalina, pero mas tarde esa cara seria cambió por sonrisas cada vez que los veía. Fue un proceso largo y difícil. Habían hecho tantas cosas que afectaron a tantos en la zona, que si no hubiera sido por el compromiso de todos -la gente de la zona, las instituciones y los técnicos-, todo se habría venido abajo. Nos convertimos en “muro de contención” para aquellos chicos que ahora tenían rostro y sentimientos, se sentían fortalecidos y capaces de mostrarse y decir sin tapujos sus frustraciones y decepciones, y pedir perdón. Otro aspecto muy difícil en este proceso de pacificación fue que acostumbrados a lo rápido y lo inmediato el proceso les parecía demasiado lento, pero aguantaron hasta el final. Dieciocho meses duró el proyecto de paz.

Hoy, después de más de una década de haber desarrollado ese proceso de pacificación, en una de las zonas más violentas de Medellín, lo que puedo decir es que la vida de esta zona ha cambiado en positivo, y que esta experiencia fue luego replicada en otras zonas de la ciudad, tan conflictivas como ésta. Y una ciudad que era una “cárcel urbana” para todos sus ciudadanos, pasó de nuevo a ser la ciudad vivida por todos y en todas las horas del día y la noche. Y yo, aunque sigo siendo paranoica, aprendí a ver que en todos nosotros hay algo que es posible cambiar, que no todo lo que hago es bueno para los demás porque sea bueno para mí y que si somos capaces de entender y comprender lo distinto de cada una de las personas que están a nuestro alrededor, podemos cambiar la realidad y hacer que la vida se haga más fluida para todos.

Para terminar les dejo una frase que uno de los chicos sicarios pronunció cuando clausuramos el proceso de pacificación y que entonces asumieron ellos para continuar con el proceso: *“lo efectivo es lo afectivo”*.

Ofelia Álvarez Agudelo
Socióloga
Aprendiz de yoga